

# GÉNERO, CLASE Y RAZA EN LA ECONOMÍA FEMINISTA

Rafael Domínguez Martín  
Universidad de Cantabria

## RESUMEN

Este artículo es un repaso histórico de los conceptos de «género», «clase» y «raza» en su utilización por la recientemente institucionalizada economía feminista. Después de trazar los orígenes y propósitos de esta nueva corriente de la ciencia económica, se analizan los posibles entrelazamientos y jerarquizaciones entre género, clase y raza, a partir de la vasta literatura generada por la economía feminista en los últimos años, principalmente en Estados Unidos. El balance del estado de la cuestión supone una llamada a romper con la idea heredada de la teoría del patriarcado de que las mujeres son una especie de clase explotada, para integrar el análisis fragmentario del género en un esquema más amplio de interpretación de la realidad, basado en las estructuras de constreñimiento.

**PALABRAS CLAVE:** género, clase, raza, patriarcado, economía feminista, posmodernismo filosófico.

## ABSTRACT

This is a historical review of the concepts of gender, class, and race employed in recently institutionalised feminist economics. After tracing the origins and objectives of this new branch in economics, we analyse the interlinks and hierarchies between gender, class and race, based on the wide literature concerning feminist economics appearing mainly in the United States in recent years. Weighing the results encourages a calling into question of the inherited idea of patriarchy, namely, that women are an exploited class, in order to integrate the fragmentary analysis of gender into a wider interpretation of reality based on structures of constraint.

**KEY WORDS:** gender, class, race, patriarchy, feminist economics, philosophical postmodernism.

En este artículo<sup>1</sup> me propongo hacer un repaso histórico de los conceptos de «género», «clase» y «raza» tal y como los ha utilizado la recientemente institucionalizada economía feminista. Después de trazar los orígenes y propósitos de esta nueva corriente de la ciencia económica, analizaré los posibles entrelazamientos y jerarquizaciones entre género, clase y raza, a partir de la vasta literatura generada por la economía feminista en los últimos años, principalmente en Estados Unidos.



El mensaje que se deduce del estado actual de nuestros conocimientos es una llamada a la «unidad a través de la diversidad»<sup>2</sup> coincidente con las propuestas en favor de un feminismo global procedentes de la filosofía y la ética feminista<sup>3</sup>. Es decir, se trataría de romper con la idea heredada de la teoría del patriarcado de que las mujeres son una especie de clase explotada, para integrar el análisis fragmentario del género en un esquema más amplio de interpretación de la realidad. Una realidad en la que las desigualdades entre hombres y mujeres no pueden seguir ocultando las desigualdades entre mujeres de distintas clases sociales, orígenes raciales y geográficos, y orientaciones sexuales, en el mundo cada vez más multicultural y globalizado en que vivimos.

La institucionalización de la economía feminista es un hecho reciente. Sus antecedentes proceden del *women's caucus* que se formó dentro de la *Union of Radical Political Economy*, la asociación norteamericana de economistas heterodoxos, en 1971. Dos años después, se creó dentro de la *American Economics Association* un Comité sobre el Estatus de las Mujeres en la Profesión de Economista (CSWEP) para impulsar, por medio de la acción afirmativa, la incorporación de la mujer a la academia económica. A pesar de la labor del Comité en favor de la integración de las mujeres, la economía fue la única de las ciencias sociales en la que no se organizó un *caucus* feminista separado durante los años setenta y, por tanto, se perdieron casi dos décadas hasta que la insatisfacción con la labor del CSWEP llevó a la constitución, en 1992, de la *International Association for Feminist Economics*. Actualmente la IAFFE agrupa a unos 600 miembros (hombres y mujeres) de 40 países y publica desde 1995 su propia revista, *Feminist Economics*<sup>4</sup>.

La economía feminista nació con una vocación instrumental: repensar la disciplina de la economía con el fin de mejorar la condición económica de las mujeres. Como resultado de ese replanteamiento, la economía feminista ha producido en los últimos años un importante valor añadido, concretado en la mejora de la teoría y de la política económica, a través de la crítica de la ideología sexista oculta en la doctrina económica recibida<sup>5</sup>. En este sentido, la economía feminista no es una economía ginocéntrica, una disciplina practicada únicamente por mujeres, ni una economía femenina, es decir, una economía que aporta una determinada sensi-

---

<sup>1</sup> Este artículo es una versión revisada de mi intervención en el VII Seminario del Aula de la Mujer, celebrado en Las Palmas de Gran Canaria, en marzo de 2001. Agradezco a Rosa Pérez del Molino su amable invitación, gracias a la cual me sometí a la dura disciplina de la escritura.

<sup>2</sup> D. BROWN, «Capitalism», en J. PETERSON y M. LEWIS (eds.), *The Elgar Companion to Feminist Economics*, Cheltenham, 2000, p. 38. En adelante citaré por *ECFE*.

<sup>3</sup> M.J. GUERRA, «Género: debates feministas en torno a una categoría». *Arenal: Revista de historia de las mujeres*, vol. 7, núm. 1 (2000), p. 229.

<sup>4</sup> J. SHACKELFORD, «International Association for Feminist Economics (IAFFE)», en *ECFE*, pp. 486-489; y R.L. BARTLETT, «Committee on the Status of Women in the Economics Profession (CSWEP)», en *ECFE*, pp. 64-70.

<sup>5</sup> M.H. STROBER, «Rethinking Economics Through a Feminist Lens». *American Economic Review*, vol. 84, núm. 2 (1994), pp. 143-144.

bilidad a las técnicas y modelos de la disciplina. La economía feminista arguye que la corriente principal, la teoría económica ortodoxa que se enseña en la mayoría de las facultades de económicas del mundo, en la medida en que proyecta un ideal distorsionado de masculinidad en sus modelos, métodos, tópicos y pedagogía, es empobrecedora para el desarrollo de la ciencia económica. La economía feminista se propone, pues, ampliar (en la versión del feminismo liberal) o subvertir (en la versión marxista o posmoderna) la corriente principal de la economía desde la perspectiva del género para hacer de la economía una ciencia más potente desde el punto de vista teórico y de su aplicación práctica<sup>6</sup>. Veamos, pues, en qué consiste dicha perspectiva, analizando en primer lugar el concepto de «género».

## 1. EL GÉNERO COMO MADRE DE TODOS LOS DUALISMOS

La revolución del género, que afectó a las ciencias sociales a fines de los sesenta y en la década de los setenta, formó parte del proceso de fragmentación del conocimiento paralelo a la crisis de las grandes narrativas y de la filosofía de la ciencia en esos años. La difusión del término «género» se encontró con diversos problemas, uno de los cuales es que en muchos idiomas cultos (español, francés, italiano o alemán) suponía una transposición de un concepto gramatical a otro sociocultural de carácter más amplio, lo que no ocurre en inglés, que es donde más profundamente logró arraigar. En cualquier caso, la categoría género se difundió con fuerza como alternativa a la categoría sexo, que la biología había puesto en circulación desde el siglo XIX para dar crédito científico a la vieja creencia de que los hombres carecen de género (es decir, constituyen un universal), mientras que las mujeres son palabras de Simone de Beauvoir, «el segundo sexo», o más precisamente el sexo por antonomasia. En este sentido, la biología sirvió históricamente para justificar la desigualdad social y política entre hombres y mujeres y para defender el juicio de valor de que la igualdad debería ser otorgada sólo a los físicamente iguales. Ello permitió excluir de las ciencias sociales a las mujeres y, también, a los grupos étnicos no blancos, negándoles no sólo el derecho a ser iguales, sino el derecho a ser diferentes: el género y la raza quedaron fuera de las ciencias sociales y no es de extrañar que el marxismo (dada la utilización por Marx del libro de Darwin como canon científico) contribuyera decisivamente a ese programa con su énfasis monotématico en la clase social<sup>7</sup>.

---

<sup>6</sup> J. NELSON, «Feminism and Economics». *Journal of Economic Perspectives*, vol. 9, núm. 2 (1995), pp. 134-146; J. Shackelford, «Feminist Pedagogy: A Means for Bringing Critical Thinking and Creativity to the Economics Classroom». *American Economic Review*, vol. 82, núm. 2 (1992), pp. 575-576; R.L. BARTLETT, «Attracting 'Otherwise Bright Students' to Economics 101». *American Economic Review*, vol. 85, núm. 2 (1995), pp. 364-365; y J. SEIZ, «Feminism», en *ECFE*, pp. 350-356.

<sup>7</sup> J. SCOTT, «Gender: A Useful Category of Historical Analysis». *American Economic Review*, vol. 91, núm. 5 (1986), p. 1054; G. BOCK, «La historia de las mujeres y la historia del género:



La distinción entre género y sexo resultó así central en el feminismo contemporáneo. Desde el llamado feminismo de la igualdad (defendido por feministas liberales y socialistas) se asumió la separación analítica sexo/género, considerando el sexo (macho/hembra) como variable independiente, es decir, determinada de manera exógena por factores hormonales y genéticos, mientras que el género (masculino, femenino o neutro) se pensó como una construcción cultural que funcionaba a la manera de una variable de rango medio: dependiente de los factores que inciden en los estereotipos, modelos y espacios de género; e independiente cuando se estudia el modo en que esos estereotipos, modelos y espacios afectan a los comportamientos sociales de los individuos. En cambio, desde el feminismo de la diferencia (asumido por las feministas posmodernas) se consideró que tanto el género como el sexo son construcciones culturales, por lo que distinguir analíticamente ambos conceptos era seguir una estrategia destinada a masculinizar a las mujeres, convirtiéndolas en seres andróginos disociados de su propio cuerpo. De hecho, el término «género» empezó a usarse en la década de 1960 sin una perspectiva crítica del sexismo, sino como una secuela de esta ideología de la supremacía masculina. En concreto, el psicólogo Robert Stoller empleó el concepto «género» para designar el malestar de ciertos individuos por vivir en un cuerpo equivocado: individuos sexualmente machos se sentían y comportaban como mujer y otros sexualmente hembras se sentían y comportaban como hombres. Este «sentirse y comportarse como» lo denominó género y atribuyó el malestar de estos pacientes a la falta de correspondencia entre sexo y género, recomendando en algunos casos que el sujeto cambiara de sexo para hacer efectiva esa correspondencia<sup>8</sup>.

La definición canónica de género en las ciencias sociales llegó en la década de los ochenta de la mano de la historiadora Joan Scott. Según ella, el género era un «modo de significar las relaciones de poder», que con el uso del concepto quedarían supuestamente en evidencia, en un ejemplo típicamente posmoderno de cómo el lenguaje crea la realidad y, por tanto, puede desestructurarse para transformarla. Pero el género también resultaba ser un «elemento constitutivo de las relaciones sociales», que incluye una serie de conceptos normativos e interpretativos del significado de los símbolos culturalmente disponibles, conceptos que suelen adoptar la forma de opo-

---

aspectos de un debate internacional». *Historia social*, vol. 9 (1991), pp. 59-65; y M.J. GUERRA, *op. cit.*, pp. 208-210.

<sup>8</sup> F.D. BLAU, «Gender», en J. EATWELL, M. MILGATE y P. NEWMAN (eds.), *The New Palgrave: A Dictionary of Economics*, Londres, Cambridge University Press, 1987, vol. II, p. 492; M.J. IZQUIERDO, «¿Son las mujeres objeto de estudio para las ciencias sociales?». «*Papers*»: *Revista de Sociología*, vol. 30 (1988), pp. 60-64; V. BEECHY, «Género y trabajo: Replanteamiento de la definición de trabajo», en C. BORDERÍAS, C. CARRASCO y C. ALEMANY (comps.), *La mujeres y el trabajo: rupturas conceptuales*, Madrid, FUEM, 1990, pp. 441, 446; G. BOCK, *op. cit.*, p. 67; J. NELSON, «Gender, Metaphor and the Definition of Economics». *Economics and Philosophy*, vol. 8 (1992), p. 105, y «Value-Free or Values? Notes on the Pursuit of Detachment in Economics». *History of Political Economy*, vol. 25, núm. 1 (1993), p. 122; y G.J. HEWITSON, *Feminist Economics. Interrogating the Masculinity of Rational Economic Man*. Cheltenham, Edgar Edward Elgar, 1999, p. 9.

siciones binarias típicas del discurso religioso, filosófico y científico, y que generalmente son el resultado de un amplio consenso<sup>9</sup>. A partir de estas oposiciones binarias, la economista feminista Julie Nelson propuso en los noventa una desestructuración reivindicativa del término «género» como auténtica «Madre de todos los dualismos»<sup>10</sup>. Para Nelson, el término «género» escondería una metáfora muerta de dualismo jerárquico (en realidad se trata de una analogía), utilizada históricamente dentro de las ciencias sociales para atribuir a la economía los valores masculinos, frente a las otras disciplinas que compartirían valores femeninos. Estos valores se produjeron culturalmente ayudando a reproducir la división entre ciencias y humanidades desde el siglo XVII (y entre ciencias naturales y ciencias sociales desde el siglo XIX) hasta la crisis de las metodologías prescriptivas de la ciencia en la década de 1960.

En el siglo XVII se produjo un cambio en la percepción de las relaciones entre los seres humanos y la naturaleza que asumió el dualismo jerárquico medieval localizador de la facultad racional, la creatividad, el control y lo bueno en la parte superior del cuerpo, mientras que la facultad concupiscente, la receptividad, la sujeción y lo malo se situaban en la parte inferior<sup>11</sup>. La analogía que expresó ese cambio fue «la naturaleza es a lo femenino como la ciencia es a lo masculino» y el carácter jerárquico de la misma consistía en que lo ausente, lo femenino, era construido como un objeto pasivo, conectado e inferior, y lo presente, lo masculino, como un sujeto activo, separado y superior<sup>12</sup>. En el siglo XVIII, la medicina, la ciencia natural, la ciencia política y la filosofía moral, de la que formaba parte la economía política, convergieron en la construcción de ese dualismo jerárquico, con el fin de devaluar sistemáticamente a las mujeres o lo que metafóricamente se entendía como femenino, con: a) lo racional y lo emocional como términos últimos de las metáforas filosófico-morales; b) lo público y lo privado como términos últimos de las metáforas políticas; c) lo mercantil y lo familiar como términos últimos de las metáforas económicas, y d) la mente y el cuerpo como términos últimos de las metáforas biomédicas. De todas estas metáforas filosófico-morales, políticas, económicas y biomédicas lo masculino y lo femenino eran los sujetos respectivos<sup>13</sup>.

---

<sup>9</sup> J. SCOTT, *op. cit.*, pp. 1.056-1.069.

<sup>10</sup> D.N. MCCLOSKEY, «Some Consequences of a Conjective Economics», en M.A. FERBER y J. NELSON (eds.), *Beyond Economic Man: Feminist Theory and Economics*, Chicago, Chicago University Press, 1993, p. 75.

<sup>11</sup> D. JACQUART y C. THOMASSET, *Sexualidad y saber médico en la Edad Media*. Barcelona, Labor, 1989, p. 3; G.J. HEWITSON, *op. cit.*, p. 88.

<sup>12</sup> J. NELSON, «Gender...», pp. 106, 108, «Value-Free...», pp. 126-127, y «Feminism and Economics», pp. 133-135; M. FERBER y J. NELSON, «Introduction: The Social Construction of Economics and the Social Construction of Gender», en M.A. FERBER y J. NELSON (eds.), *op. cit.*, p. 10; J. SEIZ, «Feminism and the History of Economic Thought», *History of Political Economy*, vol. 25, núm. 1 (1993), p. 185.

<sup>13</sup> J. SCOTT, «French Feminists and the Rights of 'Man': Olympe de Gouges's Declarations», *History Workshop Journal*, vol. 28, 1989, p. 4; J. NELSON, «The Study of Choice or the Study of Provisioning? Gender and the Definition of Economics», y A.N. JENNINGS, «Public or Private?



Luego, en los siglos XIX y XX, la ciencia moderna se construyó para conformar una determinada imagen de la masculinidad, en la que se asociaba por similitud lo científico con una serie de características que servían para infravalorar lo humanístico, términos últimos de las metáforas asimétricas en las que los sujetos eran respectivamente lo masculino y lo femenino<sup>14</sup>. Las ciencias sociales, que se autonominaron durante este mismo período, fueron asociadas a los valores femeninos como ciencias blandas, frente a las ciencias duras de la física y las matemáticas. Según Nelson, esto «presentaba un problema para aquellos economistas que, quizá para mantener una clara imagen de su propio género, necesitaban ver su trabajo como consistentemente masculino»<sup>15</sup>.

---

CLASIFICACIÓN JERÁRQUICA DEL GÉNERO EN LOS DISCURSOS DE FINES DEL XVIII<sup>16</sup>

---

TÉRMINOS DE LA METÁFORA

racional (+)	emocional (-)
egoísmo	simpatía
universal	particular
público (+)	privado (-)
libertad	obligación
individual	social
mercantil (+)	familiar (-)
independencia	dependencia
productivo	improductivo
trabajo	crianza
mente (+)	cuerpo (-)
pensamiento	sexo
hombre	naturaleza
histórico	natural

---

SUJETOS DE LA METÁFORA

masculino (+)	femenino (-)
---------------	--------------

---

Institutional Economics and Feminism», ambos en M.A. FERBER y J. NELSON (eds.), *op. cit.*, pp. 33, 116, 120-121; SUTHERLAND, «Adam Smith's Master Narrative: Women and the *Wealth of Nations*», en S. COPLEY y K. SUTHERLAND (eds.), *Adam Smith's Wealth of Nations: New Interdisciplinary Essays*, Manchester, Manchester University Press, 1995, p. 112; y M. PUJOL, *Feminism and Anti-feminism in Early Economics Thought*. Cheltenham, Edward Elgar, 1998, pp. 18, 22-23.

<sup>14</sup> J. NELSON, «Gender...», pp. 111-115, «Value-Free...», p. 122 y «Feminism...», p. 133; D.N. McCLOSKEY, *La retórica de la economía*. Madrid, Alianza, 1990, p. 69, y «Some Consequences...», p. 75.

<sup>15</sup> J. NELSON, «Gender...», pp. 108-109.

<sup>16</sup> Se entiende por «sujeto» de una metáfora, el «polo de la analogía que se toma como punto de partida y del que por tanto se extrae información»; el «término» de la metáfora es «aquel

CLASIFICACIÓN DUALISTA JERÁRQUICA DEL CONOCIMIENTO  
EN LA METODOLOGÍA PRESCRIPTIVA DE LA CIENCIA

TÉRMINOS DE LA METÁFORA

científico (+)	humanístico (-)
lógica	metáfora
cuantitativo	cualitativo
riguroso	intuitivo
preciso	vago
abstracto	concreto
hechos	valores
verdad	opinión
objetivo	subjetivo
imparcial	comprometido
duro	blando

SUJETOS DE LA METÁFORA

masculino (+)	femenino (-)
---------------	--------------

La economía también quiso convertirse en una ciencia dura que pudiera dominar a las ciencias sociales blandas. Y para ello se sirvió de una metáfora principal de carácter androcéntrico: el mercado como lugar ideal del intercambio. Esta metáfora es androcéntrica porque los agentes que actúan en el mercado se identifican con el individuo egoísta masculino, el hombre económico racional, un sujeto nacido completamente formado, con preferencias abstractas (deseos) plenamente desarrolladas, totalmente activo e independiente, y sobre el cual el entorno no influye. Es el *homo economicus*, el personaje central de una novela en la que el protagonis-

---

otro polo sobre el que recae el desplazamiento metafórico». La metáfora funciona así «como un mecanismo cognitivo que traslada al término el saber adquirido sobre el sujeto, prestando a aquél perfiles y contenidos que propiamente pertenecen a éste». Véase LIZCANO, «La metáfora como analizador social». *Empiria: Revista de metodología de las ciencias sociales*, vol. 2 (1999), p. 35. En consecuencia, las clasificaciones dualistas del género y del conocimiento representan sendas analogías en donde las proporciones son los cocientes entre cada término y su sujeto, que quedarían igualados matemáticamente para cada uno de los dos lados de la tabla. Por ejemplo, racional/masculino = emocional/femenino; es decir, lo racional es al género masculino como lo emocional es al género femenino. Los supuestos para que funcione dicha analogía es que debe haber alguna semejanza entre los sujetos y sus términos; éstos deben ser parte de aquéllos; y que el término género implique una consideración positiva para lo masculino y negativa para lo femenino, o si se quiere, un valor constante proporcionalmente mayor para lo masculino que para lo femenino.





ta, Robinson Crusoe, vive en completo aislamiento<sup>17</sup>, un «yo separado» (*separative-self*) como lo ha denominado Paula England. Ahora bien, todo este andamiaje teórico se sostiene sobre el supuesto implícito de que en la familia los individuos, y en particular los hombres, son altruistas: lo que se niega para su comportamiento en el mercado, se afirma para su comportamiento en la esfera separada de la familia<sup>18</sup>.

Esta dualidad de comportamientos (egoísmo en el mercado, altruismo en la familia), que convertía al hombre económico en un personaje verdaderamente esquizofrénico, se construyó en la tradición del individualismo posesivo y las teorías del contrato social del siglo XVII<sup>19</sup>. Pero, como he intentado demostrar en otra parte, esa dualidad entre las esferas de lo público y lo privado no se pudo levantar sin la analogía previa, lo racional es al hombre como lo concupiscente es a la mujer, que se remonta a las mitologías fundacionales del pensamiento occidental y llega con plena vigencia al siglo XVI. Dicha analogía, basada en una metáfora jerárquica del cuerpo, fue la que permitió, después de la revolución científica, arrinconar el cuerpo femenino en la naturaleza, excluir a las mujeres de la sociedad civil y dejar fuera del discurso de la economía política al trabajo doméstico y a la familia<sup>20</sup>.

La economía feminista empezó a denunciar esta exclusión y puso en tela de juicio los supuestos sexistas acerca de las mujeres que la ciencia económica, desde la época de Adam Smith, había mantenido incólumes: que las mujeres están casadas y tienen hijos o su destino es ése; que las mujeres son o deberían ser dependientes de un familiar masculino; que las mujeres son improductivas como fuerza de trabajo; y que las mujeres son irracionales y no pueden tomar decisiones económicas<sup>21</sup>. A pesar de la resistencia de la economía a tratar las cuestiones de género, la economía feminista alcanzó un notable desarrollo teórico, como no podía ser de otra manera en un mundo en el que se estaba produciendo una acelerada feminización de la fuerza de trabajo desde la década de 1950, que continuó a partir de la crisis económica de los setenta bajo fórmulas de feminización de la pobreza. Cuestiones antes

---

<sup>17</sup> J. NELSON, «Gender...», pp. 115-116, 120, y «The Study...», pp. 29, 33; D. STRASSMANN, «Feminist Thought and Economics; Or, What Do the Visigoths Know?», *American Economic Review*, vol. 84, núm. 2 (1994), p. 153; G.J. HEWITSON, *op. cit.*, pp. 4, 69, 71.

<sup>18</sup> P. ENGLAND, «The Separative Self: Androcentric Bias in Neoclassical Economics», en M.A. FERBER y J. NELSON (eds.), *op. cit.*, pp. 41, 47-49; N. FOLBRE y H. HARTMANN, «The Rhetoric of Self-Interest: Ideology and Gender in Economic Theory», en A. KLAMER, D.N. MCCLOSKEY y R.M. SOLOW (eds.), *The Consequences of Economic Rhetoric*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988, pp. 185, 188, 190-192; G.J. HEWITSON, *op. cit.*, pp. 73-75.

<sup>19</sup> C. PATEMAN, *The Sexual Contract*. Cambridge, Polity Press, 1988, pp. 1-3, 110-113, 168-171; P. ENGLAND, *op. cit.*, p. 40; A.N. JENNINGS, *op. cit.*, pp. 117-118, 120; R. DOMÍNGUEZ, «Teorías de la división del trabajo y enfoque del género», *Arenal: Revista de historia de las mujeres*, vol. 7, núm. 1 (2000), pp. 182-183.

<sup>20</sup> R. DOMÍNGUEZ, «¿Por qué la economía es una ciencia tan misógina? Una relectura de los clásicos desde la economía feminista», *Política y Sociedad*, vol. 36 (2001).

<sup>21</sup> M. PUJOL, «Into the margin!», en E. KUIPER y J. SAP (eds.), *Out of the Margin: Feminist Perspectives in Economics*, Londres, Routledge, 1995, p. 18.



no abordadas, como la segregación ocupacional, la discriminación en el empleo, el diferencial salarial, la revisión de los microfundamentos del comportamiento, la definición de los conceptos de egoísmo, familia o trabajo, empezaron a tratarse gracias a la labor de estas economistas en campos como la economía laboral, la economía de la educación, la historia del pensamiento económico o la metodología y la didáctica de la economía<sup>22</sup>.

## 2. LAS MUJERES COMO CLASE EN EL FEMINISMO NEOMARXISTA

En ese contexto, las primeras economistas feministas intentaron desde el feminismo socialista acomodar el concepto de «género» a la teoría del materialismo histórico de Marx. Así, bajo la fórmula «relaciones de género» se equiparó la categoría género, como elemento constitutivo de las relaciones sociales, a las relaciones sociales de producción del materialismo histórico, que para los estructuralistas (la corriente filosófica dominante en la década de 1970) eran la esencia del modo de producción. En el campo de la economía feminista se plantearon dos opciones. Por un lado, las feministas marxistas consideraban que las relaciones de género (aunque parte de estas autoras preferían referirse al concepto marxista ortodoxo de «división sexual del trabajo») se podían insertar en el esquema original de Marx dominado por los intereses de clase: la mano de obra femenina era un auténtico «ejército de reserva», de manera que la desigualdad de género resultaba un producto de la dinámica del capitalismo, único beneficiario del trabajo doméstico, no productivo aunque socialmente necesario, protagonizado por las mujeres. La segunda fue la de las feministas neomarxistas, para quienes las relaciones de género quintaesenciaban un modo de producción separado (el patriarcado, el modo de producción doméstico) cuyos beneficiarios y, por tanto, enemigos principales, eran los cabezas de familia que se apropiaban del trabajo doméstico de las mujeres<sup>23</sup>.

El debate entre las feministas marxistas y las neomarxistas sobre el trabajo doméstico tiene sus precedentes en una serie de estudios de psicología social desarrollados en Estados Unidos que, ya en la década de 1950, mostraban los problemas de inadaptación y estrés de las amas de casa, debido al aislamiento, la falta de conexión social y de estímulos personales y la dependencia económica, en definitiva, a la alienación que producía el trabajo doméstico. Estos estudios empezaron a cuestionar las políticas de «vuelta al hogar» tras el importante papel desempeñado por las mujeres como trabajadoras industriales durante la II Guerra Mundial. A principios de los sesenta, a medida que crecía la participación laboral de las mujeres casadas en los países desarrollados, diversas investigaciones mostraron que los niveles de estrés de las amas de casa eran superiores a los de las trabajadoras asalariadas. La publica-

---

<sup>22</sup> D. STRASSMANN, «Feminist Economics», en *ECFE*, pp. 360-373.

<sup>23</sup> J. SEIZ, «Feminism», pp. 350-351.



ción en 1963 del libro de Betty Friedan, *La mística de la feminidad*, y la Ley de Derechos Civiles norteamericana de 1964 supusieron entonces una revitalización del movimiento feminista liberal centrado en la igualdad de derechos y de oportunidades para las mujeres. Esta segunda oleada del feminismo liberal, igual que la primera (la que reivindicó el derecho de propiedad y de sufragio para las mujeres a fines del siglo XIX) no cuestionaba las estructuras básicas de la economía capitalista, que —según el feminismo socialista— estaban en la base material de la subordinación de las mujeres. Así, desde el feminismo socialista se puso en tela de juicio la familia como la estructura que más inmediatamente facilitaba la opresión de las mujeres, lo que llevó a una teorización acerca de la función económica del trabajo doméstico<sup>24</sup>.

En 1970, Christine Delphy («El enemigo principal») criticó abiertamente el carácter secundario atribuido por el marxismo ortodoxo a la opresión de la mujer. Según esta autora, el trabajo doméstico se consideraba como carente de valor de cambio por la única razón que el ama de casa no cobraba un salario, mientras que el tipo de producción que efectuaba estando socializada sí tenía valoración monetaria. En consecuencia, las mujeres casadas, que realizan gratuitamente tareas domésticas, estaban explotadas por sus maridos, principales beneficiarios de esa situación. El trabajo doméstico constituía, así, un modo de producción específico, en el que los hombres, a través del contrato matrimonial, explotaban la fuerza de trabajo de sus mujeres a cambio exclusivamente de proveer su subsistencia. El contrato matrimonial despojaba a las mujeres del derecho a «controlar su propia fuerza de trabajo», puesto que no eran libres de venderla y lo que hacían con ella y con sus productos quedaba subordinado a la voluntad de sus maridos, auténtica clase de explotadores. En el caso de que las mujeres estuvieran incorporadas al trabajo asalariado, seguían desempeñando el trabajo doméstico sin recibir nada a cambio, ya que ganaban directamente su subsistencia en el sector asalariado: estaban, pues, doblemente explotadas. Esta posición contractual compartida constituiría el fundamento de la condición de clase común de las mujeres. De tal planteamiento, Delphy dedujo que en la sociedad contemporánea coexistían un modo de producción industrial, definido por las relaciones capitalistas de producción, y un modo de producción patriarcal, definido por las relaciones de producción patriarcales/familiares. Ambos modos eran autónomos, ya que la abolición del primero no implicaba la abolición del segundo, como mostraba la pervivencia entonces de las relaciones patriarcales en los países del socialismo real. El corolario político de esa situación era que las mujeres debían movilizarse de manera autónoma para liberarse de la explotación<sup>25</sup>.

---

<sup>24</sup> T. BOTTOMORE (ed.), *Diccionario del pensamiento marxista*. Madrid, Tecnos, 1984, p. 753; J. SEIZ, «Feminism», pp. 348-349; B. WOODY, «Affirmative Action», en *ECFE*, p. 1; S. HIMMELWEIT, «Domestic Labour», *ECFE*, p. 127.

<sup>25</sup> Cfr. M. MOLYNEUX, «Más allá del debate sobre el trabajo doméstico», reproducido en C. BORDERÍAS, C. CARRASCO y C. ALEMANY (comps.), *op. cit.*, pp. 116-118; y en la misma obra, C. BORDERÍAS y C. CARRASCO, «Las mujeres y el trabajo: aproximaciones históricas, sociológicas y económicas», p. 27.

En la estela de la aportación de Delphy y en abierta polémica con el marxismo ortodoxo, Morton («El trabajo de las mujeres no se acaba nunca», 1970) afirmó que el trabajo doméstico era productivo, ya que su función fundamental consistía en reproducir la fuerza de trabajo masculina, mercancía de la que se extraía la plusvalía en el modo de producción capitalista. Utilizando este argumento, James y Dalla Costa (*Las mujeres y la subversión de la comunidad*, 1972), desafiaron el principio socialista de la liberación de la mujer a través del trabajo asalariado, al señalar que «la esclavitud en la línea de montaje no es modo de liberarse de la esclavitud del fregadero de la cocina». En consecuencia reivindicaron la implantación de un «salario para el ama de casa» con el fin de que las mujeres tuvieran un poder de negociación frente a sus maridos asalariados. Esta reivindicación, que era táctica, se confundió por parte de algunas militantes con una cuestión estratégica, lo que generó un gran conflicto dentro del movimiento feminista socialista, hasta el punto de que una parte del mismo rechazó el salario para el ama de casa ante el peligro de consolidación del trabajo doméstico como trabajo exclusivamente femenino, considerando que la estrategia políticamente correcta era conseguir la socialización del trabajo doméstico<sup>26</sup>.

En 1973, el primer hombre que intervenía en este debate, Harrison (*Economía política del trabajo doméstico*), señaló que el modo de producción doméstico era un modo de producción clientelar o subsidiario del capitalismo, no autónomo como había teorizado Delphy. Muy influido por el marxismo estructuralista, Harrison consideraba que el modo de producción doméstico contribuía a la reproducción de la fuerza de trabajo aportando los valores necesarios para su subsistencia, pero el trabajo excedente (la diferencia entre lo que la mujer aporta como servicios domésticos y de reproducción, y lo que recibe, que es simplemente su subsistencia) afloraba como valor excedente (plusvalía) no en ese modo de producción doméstico, sino en el modo de producción capitalista: esta transferencia se producía por el pago, por parte del capitalista, «de salarios que están por debajo del valor de la fuerza de trabajo» para la mano de obra asalariada. Lo cual era posible porque el ama de casa, con su trabajo, reducía el valor de la fuerza de trabajo, aportando servicios que, de ser adquiridos en el mercado, elevarían el coste de la subsistencia y, en consecuencia, los salarios. La existencia del modo de producción doméstico tenía, además, otras consecuencias ambivalentes para el modo de producción dominante, el verdadero enemigo de las mujeres según Harrison: al apartarlas de la fuerza de trabajo, mejoraba la posición negociadora de los trabajadores masculinos, pero, a la vez, creaba un ejército de reserva de mujeres potencialmente susceptible de debilitar su poder negociador<sup>27</sup>.

---

<sup>26</sup> E. MALOS, «Trabajo doméstico y política de liberación de la mujer». *Zona Abierta*, vol. 18 (1979), pp. 59, 68-75; cfr. C. BORDERÍAS y C. CARRASCO, *ibidem*, p. 28; y S. HIMMELWEIT, *op. cit.*, p. 129.

<sup>27</sup> Cfr. M. MOLYNEUX, *op. cit.*, pp. 120-121, 128.



El debate sobre el trabajo doméstico continuó en los años siguientes como una discusión acerca de la aplicabilidad o inaplicabilidad de los conceptos marxistas referidos al trabajo. Al empeñarse en seguir utilizando el bagaje teórico de Marx, ciego ante el género, el feminismo socialista fracasó en su propósito original de descubrir la base material del sexismo. Además, las participantes en el debate sobre el trabajo doméstico universalizaron el problema del ama de casa blanca occidental que no trabajaba fuera de casa cuando ésta era una realidad cada vez menos frecuente en Estados Unidos y los países más desarrollados de Europa<sup>28</sup>. Esto condujo al feminismo neomarxista a resituar la explotación de las mujeres en su condición de madres (en la esfera de la reproducción) más que en su papel como esposas (en la esfera del trabajo doméstico), sin olvidar además que también tenía lugar en la esfera de la producción, dada su creciente incorporación al mercado laboral. Se cuestionó entonces el postulado de Marx de que la esfera de la reproducción estaba determinada por la esfera de la producción, reconociendo que la reproducción tenía una autonomía relativa y que la interacción entre ambas esferas debía analizarse históricamente. E incluso se asumió la posibilidad de que existiera explotación de las mujeres dentro de la familia campesina y de la clase obrera, lo que implicó una redefinición de las relaciones familiares «patriarcales» en términos de conflicto y negociación entre sexos y entre generaciones<sup>29</sup>.

Así, el debate sobre el trabajo doméstico dio paso al debate sobre el patriarcado. Un debate sobre modos de producción en el que la literatura del feminismo neomarxista se decantó por un grupo de teorías de sistemas duales que, frente a quienes intentaban negar el carácter autónomo del modo de producción doméstico, concebían el capitalismo y el patriarcado como sistemas separados o semiautónomos de dominación social, en la misma línea que ya había apuntado Delphy en el debate sobre el trabajo doméstico. De la misma manera que el capitalismo se caracterizaba por la diferenciación de clases y la explotación de los trabajadores por los dueños del capital, el patriarcado lo hacía por la diferenciación de géneros y la opresión de las mujeres por los hombres<sup>30</sup>. La autora más importante en este sentido fue Heidi Hartmann. Según su definición, el patriarcado era «el sistema de opresión de

<sup>28</sup> S. HIMMELWEIT, *op. cit.*, pp. 31-132.

<sup>29</sup> Cfr. M. MOLYNEUX, *op. cit.*, pp. 114-115, 126, 141-148; L. BENERÍA, «Reproduction, Production and the Sexual Division of Labour». *Cambridge Journal of Economics*, vol. 3 (1979), pp. 203-207, 209-211, 222; N. FOLBRE, «Exploitation Comes Home: A Critique of Marxian Theory of Family Labour». *Cambridge Journal of Economics*, vol. 6 (1982), p. 324, y «Cleaning House: New Perspectives on Households and Economic Development». *Journal of Development Economics*, vol. 22, núm. 1 (1986), pp. 20-22; T. BOTTOMORE (ed.), *op. cit.*, p. 755; C. BORDERÍAS y C. CARRASCO, J. HUMPHRIES y J. RUBERY, «La autonomía relativa de la reproducción social: su relación con el sistema de producción», y D. COMBES y M. HAICAULT, todos ellos en C. BORDERÍAS, C. CARRASCO y C. ALEMANY (comps.), *op. cit.*, respectivamente pp. 29-31, 407-410, 536-539; J. HUMPHRIES, «Women and work», en J. EATWELL, M. MILGATE y P. NEWMAN (eds.), *op. cit.*, vol. IV, pp. 927-928; J. MATTHAEI, «Patriarchy», en *ECFE*, p. 595.

<sup>30</sup> S. HIMMELWEIT, *op. cit.*, p. 132; J. SEIZ, «Feminism», p. 351; J. MATTHAEI, *op. cit.*, p. 595.

las mujeres por los hombres», cuya base material derivaba del control masculino del trabajo de las mujeres en el hogar y en el mercado de trabajo, si bien la familia seguía siendo «la arena primaria donde los hombres ejercitan su poder patriarcal sobre el trabajo de las mujeres». Para demostrar estas afirmaciones, Hartmann aportó una serie de datos basados en los estudios sobre asignación de tiempo dentro de la familia de finales de la década de los sesenta en Estados Unidos: las amas de casa trabajaban una media de más de 50 horas semanales en el hogar, mientras sus maridos apenas sobrepasaban las 10 horas, cantidad que no variaba cuando aumentaba el número de hijos, que suponía una carga de trabajo adicional para las mujeres, o cuando las esposas eran asalariadas fuera del hogar, las cuales seguían dedicando al trabajo doméstico más de 30 horas, con lo que llegaban a computar jornadas semanales que sobrepasaban las 75 horas. Esta falta de respuesta de los maridos a colaborar en el trabajo del hogar, y su baja y selectiva participación en esas tareas, les convertía en explotadores de la fuerza de trabajo de sus mujeres: la mejor prueba era que, para el mismo tamaño familiar, las mujeres solas con hijos trabajaban en el hogar menos horas que las casadas asalariadas. Los resultados, además, eran muy similares para distintos estratos de ingreso, independientes del origen racial de los componentes de la familia, y bastante estables en el tiempo. La situación, finalmente, no era exclusiva del capitalismo, sino que también se daba en la Unión Soviética, donde el 90% de las mujeres mayores de edad eran asalariadas: el patriarcado, según Hartmann, no sólo había sobrevivido al capitalismo, llegando a un compromiso histórico con ese sistema, sino al estadio de transición hacia la sociedad comunista<sup>31</sup>.

La teoría feminista del patriarcado intentó en su posterior desarrollo responder a las críticas de quienes la acusaban de convertir en independientes formas de opresión (como las de género y clase) que estaban relacionadas, o de minimizar la opresión racial asociada al capitalismo. A fines de los ochenta la socióloga marxista Walby definió el patriarcado como «un sistema de estructuras y prácticas sociales en el que los hombres dominan, oprimen y explotan a las mujeres». Las estructuras que, según Walby, constituían el sistema de patriarcado operaban en distintos niveles. En el nivel económico, el modo de producción patriarcal permitía que el trabajo excedente de las mujeres en el hogar (en forma de servicios domésticos no pagados y de fuerza de trabajo reproducida) fuera expropiado por sus maridos: pese a que las mujeres trabajaban muchas más horas que los hombres tenían una menor participación en el consumo de bienes y ocio dentro del hogar. Las relaciones patriarcales en el trabajo asalariado consistían en la exclusión cíclica de las mujeres del mercado de trabajo y su segregación ocupacional crónica, que se manifestaba en términos verticales (las mujeres ocupaban los lugares más bajos de la jerarquía ocupacional), hori-

---

<sup>31</sup> H. HARTMANN, «Capitalismo, patriarcado y segregación de los empleos por sexos», en C. BORDERÍAS, C. CARRASCO y C. ALEMANY (comps.), *op. cit.*, p. 256, y «The Family as the Locus of Gender, Class, and Political Struggle: The Example of Housework». *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, vol. 6, núm. 3 (1981), pp. 372, 378-391.

zontales (las mujeres estaban separadas frecuentemente dentro de las mismas jerarquías ocupacionales de los hombres) y temporales (las mujeres eran contratadas principalmente a tiempo parcial mientras que los hombres a jornada completa). El resultado más tangible de todo ello era la existencia de importantes y persistentes diferenciales salariales<sup>32</sup>.

La tercera estructura del patriarcado, que operaba en nivel político, era el Estado patriarcal. Un Estado que excluía a las mujeres del acceso a sus recursos y al poder político, lo que se traducía en una legislación estatal poco sensible a cambiar las relaciones patriarcales prevalecientes en campos como el matrimonio y el divorcio, el control de la natalidad y el aborto, la discriminación salarial o la violencia masculina. Este último fenómeno de la violencia, lejos de ser un elemento aleatorio que operaba a nivel psicológico individual, era una práctica social. Como tal, la violencia masculina constituía una forma de poder de los hombres sobre las mujeres: las mujeres estaban condicionadas en sus acciones por las expectativas que generaba la existencia de esa subcultura de la violencia masculina, en la que se incluía la violación, los malos tratos, el incesto y el acoso sexual. Dado que, como mostró Max Weber en su momento, el Estado moderno tiene el monopolio teórico de la violencia, la cesión de ese monopolio a los hombres legitimaba en la práctica —a través de los fallos y las lagunas en la legislación para penalizarla— la violencia masculina, de manera que se podría considerar ésta como parte del aparato del Estado. Las dos últimas estructuras del patriarcado operaban en el nivel cultural. Así, las relaciones patriarcales en la sexualidad primaban la heterosexualidad sobre otras opciones sexuales, con el fin de orientar a las mujeres hacia el matrimonio; mientras que la cultura patriarcal incluía una serie de discursos entre los que estaban desde las grandes narrativas de las ciencias sociales desde sus orígenes, hasta la religión, el sistema educativo o los medios de comunicación de masas<sup>33</sup>.

### 3. CLASE Y RAZA EN LA ECONOMÍA FEMINISTA POSMODERNA

Aunque la teoría de Walby fue explícitamente fundamentada para blindarse contra las críticas a la concepción universalista y ahistórica del patriarcado, la respuesta de quienes dentro del feminismo veían en ella una fuente de problemas teóricos y peligrosas derivaciones prácticas no se hizo esperar. Al concebir el patriarcado como sistema, es decir, como algo que se explica por sí mismo o que se perpetúa a sí mismo, el concepto fue denunciado porque no podía servir para interpretar la realidad, tan sólo podía describirla, además de conducir a una aceptación fatalista de su inevitabilidad. La teoría del patriarcado seguía concibiendo las relaciones de género como independientes de las relaciones de clase y de raza y de otros modos de

---

<sup>32</sup> S. WALBY, «Theorising Patriarchy». *Sociology*, vol. 23, núm. 2 (1989), pp. 214-223, 227.

<sup>33</sup> *Ibidem*, pp. 224-227.



diferenciación social, con lo que su mensaje podía ser acomodado en el discurso liberal de la igualdad de oportunidades para las mujeres. Usar el término «patriarcado» era entendible en términos emotivos —su apelación al simbolismo de la dominación masculina—, pero como categoría analítica las relaciones de género debían ser dependientes de su ubicación en el sistema capitalista de clases a nivel nacional e internacional y en las jerarquías raciales<sup>34</sup>. En definitiva, había llegado el momento de detenerse a analizar las desigualdades de clase y raza entre las mujeres y dejar de ver el género femenino como si fuera una clase social.

El concepto clave de «estructuras de constreñimiento» propuesto por la economista Nancy Folbre puede ser un buen punto de partida para analizar esta reubicación del concepto de «género» como dependiente, o interdependiente al menos, del de clase y raza. El género es siempre una parte de una construcción social compleja de identidades, jerarquías y diferencias en las que la raza, el origen geográfico, la clase social y la orientación sexual, como estructuras de constreñimiento, categorías también socialmente construidas, intersectan con el género para determinar el comportamiento de los individuos y su inserción en la sociedad<sup>35</sup>. En los últimos años la economía feminista ha prestado creciente atención a dichas estructuras (especialmente las de clase y raza), ya que de otras, como la orientación sexual, apenas ha empezado a tomar conciencia, aunque ya se apuntan algunas reflexiones. Por ejemplo, se ha considerado que el concepto de género, con su énfasis en los problemas familiares y laborales de las mujeres heterosexuales, ignora las dificultades de los grupos de distinta orientación sexual como gays y lesbianas: los derechos de las familias formadas por parejas del mismo sexo se encuentran ante un contexto legal, político y cultural generalmente hostil del que apenas se ha ocupado el análisis de género, pese a las importantes contribuciones de las lesbianas a la teoría y la política del primer feminismo<sup>36</sup>.

Lo mismo cabe decir con respecto a las mujeres negras que tuvieron un protagonismo destacado en la segunda ola feminista de la década de 1960, con personalidades como Phyllis Wallace, economista jefe de la *Civil Rights Commission* en la lucha por la igualdad de derechos<sup>37</sup>. Precisamente, las críticas más duras contra la teoría del patriarcado provinieron del feminismo negro adscrito a las corrientes filosóficas posmodernas. El feminismo posmoderno rechazaba, al igual que su filosofía de referencia, las grandes narrativas de la historia humana derivadas de la Ilustración (la idea de progreso asociada al liberalismo y al marxismo) y enfatizó la diversidad de

---

<sup>34</sup> S. ROBOTHAM, «Lo malo del 'patriarcado'», en R. SAMUEL (ed.), *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona, Crítica, 1981, pp. 249-250; A. POLLERT, «Gender and Class Revisited; or the Poverty of 'Patriarchy'». *Sociology*, vol. 30, núm. 4 (1996), pp. 642-646, 651-652; J. MATTHAEI, «Patriarchy», p. 595; E. MCCRATE, «Class», en *ECFE*, p. 57.

<sup>35</sup> D. BARKER, «Gender», *ECFE*, p. 391; J. MATTHAEI, «Race», *ECFE*, p. 656.

<sup>36</sup> D. BARKER, «Gender», p. 394; R. CORNWALL y L. BADGETT, «Sexual Orientation», *ECFE*, p. 671.

<sup>37</sup> B. WOODY, *op. cit.*, p. 1; J. MATTHAEI, «Race», p. 655.



los grupos sociales y de las identidades. En un principio, el feminismo posmoderno subrayó las diferencias entre hombres y mujeres, en vez de perseguir la igualdad de derechos y oportunidades del individuo, como el feminismo liberal, o de considerar que las mujeres eran una clase que tenía como interés objetivo la emancipación, como el feminismo socialista. El feminismo posmoderno era, pues, un feminismo que apostaba por las diferencias, que defendía una especie de orgullo femenino, reivindicando incluso el lesbianismo con lección política; frente a la concepción andrógina de la mujer que proponían el feminismo liberal y el socialista, el feminismo posmoderno era ginocéntrico. Pero en la década de 1980, las feministas negras empezaron a preocuparse de las diferencias entre las propias mujeres basadas en sus orígenes raciales y de clase y acusaron a las feministas blancas de hacer lo mismo que el pensamiento patriarcal: si los hombres habían escrito de los asuntos humanos reduciéndolos a los del género masculino, las mujeres blancas de clase media del movimiento feminista en las décadas de 1960 y 1970 habían generalizado como feminidad sus propias experiencias, excluyendo las de las mujeres negras. Al definir que el problema central de las mujeres era su confinamiento en el hogar habían olvidado, por ejemplo, que, desde los días de la abolición de la esclavitud, la mayor parte de las afroamericanas casadas tenían elevadas tasas de participación en el mercado de trabajo (muchas de ellas como criadas de las mujeres casadas blancas de clase media y alta, que delegaban una gran parte de sus tareas domésticas y de crianza de los hijos), y que los hombres negros nunca habían cobrado un salario familiar (el que permitía a los trabajadores blancos mantener a su mujer como ama de casa), puesto que una gran parte de las mujeres de color trabajaban fuera de casa<sup>38</sup>.

Para estas autoras de la corriente feminista posmoderna, capitalismo y patriarcado no eran sistemas independientes sino que compartían la característica común de ser modos predatorios de producción. Lo mismo que las sociedades patriarcales se caracterizaban por la glorificación de la guerra y las luchas por dominar y explotar a los otros, sobrevalorando la masculinidad e infravalorando las actividades domésticas y de reproducción de las mujeres, el impulso de dominación a través de la guerra y la colonización era parte esencial del nacimiento de las primeras economías capitalistas y estaba en la raíz de la construcción del moderno concepto de «raza»<sup>39</sup>. Dicho concepto, como el de «género», también fue una construcción social. Se basó en las diferencias físicas percibidas y racionalizadas como naturales a lo largo de los siglos XVII al XIX, a medida que los europeos colonizaban el resto del mundo. Al principio, el concepto de «raza» se intentó acomodar dentro de la cosmovisión cristiana del mundo: al revés que los europeos, los pueblos bárbaros no eran descendientes de Adán y Eva y, por tanto, no tenían los mismos derechos. Con

---

<sup>38</sup> R.M. WILLIAMS, «Race, Deconstruction, and Feminist Economic Theory», en M.A. FERBER y J. NELSON (eds.), *op. cit.*, p. 148; J. SEIZ, «Feminism», p. 352-355; J. MATTHAEI, «Patriarchy», p. 595 y «Race», p. 654-655; E. MUTARI, «Family Wage», *ECFE*, p. 344; M.J. GUERRA, *op. cit.*, pp. 213, 220.

<sup>39</sup> J. MATTHAEI, «Patriarchy», p. 596.





el proceso de secularización de la ciencia en el siglo XIX, el discurso sobre la desigualdad de las razas se remitió directamente a la biología, que clasificó las razas humanas en una jerarquía en la que los europeos blancos tenían el derecho y el deber de dominar a las otras razas, consideradas como salvajes, a las que había que civilizar. Dichas teorías se utilizaron para justificar la colonización y la esclavitud, los elementos que de hecho convirtieron a las distintas razas en desiguales, de manera que el racismo igual que el sexismo vio autocumplidas sus profecías. De hecho, el racismo y el sexismo intercambiaron sus principales categorías con el objetivo de fortalecer sus respectivos discursos de legitimación de la dominación colonial y patriarcal: así, se hablaba de las razas inferiores como el tipo femenino de la especie humana o de las mujeres como la raza inferior del género, mientras los craneómetros buscaban comparaciones entre los cerebros de los varones negros y las mujeres blancas con el fin de dar legitimidad científica a la reacción antifeminista que tuvo lugar a fines del XIX y a las teorías sobre la inferioridad intelectual de los negros a principios del XX<sup>40</sup>.

No es de extrañar, pues, que el movimiento norteamericano de los derechos civiles de la década de 1960 agrupara las reivindicaciones de las minorías raciales y de las mujeres, y que las medidas de acción afirmativa que se consiguieron fueran parejas para ambos colectivos. Sin embargo, los resultados de la política de acción afirmativa en los setenta ya fueron insatisfactorios para las mujeres negras frente a los avances alcanzados por las mujeres blancas<sup>41</sup>. En las décadas siguientes, la evolución de la feminización de la pobreza y el desempleo, el *glass ceiling* y la feminización de la población activa asociada al proceso de globalización y a las políticas de ajuste estructural, dieron la razón a las activistas que defendían que las mujeres tenían experiencias de opresión de género diferentes en función de su clase social, raza u origen geográfico. Veámoslo.

El modelo de opresión femenino por el cual los maridos se apropiaban del excedente del trabajo doméstico de las mujeres no era aplicable al fenómeno de feminización de la pobreza, un término que alude a la creciente presencia de las mujeres solteras y con hijos, muchas de ellas de raza negra, en las listas de pobres de Estados Unidos, en una proporción que pasó de un tercio a la mitad entre los setenta y los noventa<sup>42</sup>. La promoción laboral de la mujer a través de las políticas de acción afirmativa, que permitió acercar los salarios de las mujeres al salario de los hombres desde el 62% en 1970 al 75% en 1995, arrojó, después de treinta años, resultados muy distintos para las mujeres de las minorías raciales con respecto a las blancas. Por ejemplo, el fenómeno del paro aumentó entre 1970 y 1990 para las trabajadoras negras, que vieron empeorar sus oportunidades de empleo mientras mejoraban las de las trabajadoras blancas<sup>43</sup>. En el otro extremo del mercado de

<sup>40</sup> R.M. WILLIAMS, *op. cit.*, pp. 148-149; J. MATTHAEI, *op. cit.*, pp. 653-654.

<sup>41</sup> B. WOODY, *op. cit.*, pp. 1-3.

<sup>42</sup> E. MCCRATE, *op. cit.*, p. 60; J. PETERSON, «Feminization of Poverty», *ECFE*, pp. 373-374.

<sup>43</sup> K. SOSIN y J.M. RIVES, «Unemployment and Underemployment», *ECFE*, p. 713.

trabajo, el fenómeno del *glass ceiling* (término acuñado en Estados Unidos para designar las barreras invisibles que bloquean la promoción de las mujeres a los puestos de decisión en el mundo laboral) era mucho más intenso entre las mujeres hispanas y negras que entre las blancas; por lo mismo, las primeras se refugiaban en el sector público donde dichas barreras resultaban más permeables<sup>44</sup>. Por su parte, el proceso de globalización y las políticas de ajuste estructural que lo acompañaban tendieron a precarizar el trabajo a medida que se feminizaba la población activa en los países subdesarrollados. En ellos la participación laboral de las mujeres aumentó pero a costa de dejarlas fuera de la protección de las regulaciones estatales sobre las condiciones del empleo de las que gozan las mujeres en los países desarrollados, en los que las condiciones de máxima precariedad se reservan a las mujeres emigrantes gracias a las restricciones impuestas por las políticas de emigración, en las que también se comprueba la existencia de una discriminación por género, que se añade a la de raza y origen geográfico. En los Estados Unidos, se produjo un fenómeno similar de precarización con las mujeres de las minorías raciales que trabajan en el sector informal sometidas a condiciones de superexplotación, lo que explica, junto con la mayor prevalencia del *glass ceiling*, el que los salarios medios de las mujeres negras cayeran del 83 al 74% con respecto a los de las mujeres blancas entre 1980 y 1990.

## CONSIDERACIONES FINALES

¿Qué enseñanzas podemos sacar de estos datos y de las críticas de la economía feminista posmoderna a la consideración del género como una clase social? Desde el punto de vista teórico el debate sobre si el género debe subordinarse a un esquema más amplio de relaciones sociales y de poder, o debe ser interdependiente con aquéllas, está y seguirá estando abierto. Pero desde el punto de vista práctico, lo que el movimiento feminista necesita urgentemente es abrirse a la reivindicación del feminismo posmoderno en favor de la diversidad. Y esta necesidad no es simplemente una imposición de una moda intelectual venida de Estados Unidos. En un país como España, donde persisten experiencias de género muy diferentes en función de las desigualdades de clase, origen regional o tradición cultural, esta necesidad de atender a las diferentes experiencias de las mujeres es cada vez más acuciante ahora que se superponen a las diferencias de niveles culturales y de ingreso las intolerables diferencias entre las españolas legales y las mal llamadas ilegales. Desde la Universidad nuestra misión debe ser la de criticar esa situación y también orientar nuestros programas de investigación hacia este nuevo y prioritario problema con el fin de crear una conciencia social que presione para resolverlo.

---

<sup>44</sup> J. MATTHAEI, *op. cit.*, p. 597; M.K. CHAMBERLAIN, «Glass Ceiling», *ECFE*, pp. 396, 398; M.C. KING, «Labour Market Segmentation», *ECFE*, p. 507.